periscopio

# EL ESPEJO

MERCEDES OLIVET

# EL ESPEJO

edebé

© Maria Mercedes Olivet Sánchez, 2017
Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria.

© Ed. Cast.: Edebé, 2017
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte
*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia
*Fotografía de cubierta:* Shutterstock
© *Fotografía de la autora:* Jaume Olivet

Primera edición, marzo 2017

ISBN 978-84-683-3180-5
Depósito legal: B. 1953-2017
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Dedicado a mi madre, María Sánchez.*
*A mi hija Anna y a su madrina, Marisa Torres.*

# Uno

Mi abuela Elena murió una fría mañana de enero. La muerte le sobrevino mientras cocinaba una bandeja repleta de magdalenas de crema, que encontraron achicharradas en el horno, dando fe de lo repentino de la desgracia.

Durante meses, mi madre se resistió a volver a El Encinar, la casa de campo donde murió. No se sentía con fuerzas para enfrentarse a los recuerdos que allí le aguardaban.

Por suerte, con la ayuda de Vera, su mejor amiga, conseguí convencerla para que regresáramos ese mismo verano. Hacía tres años que no disfrutábamos de vacaciones, y la posibilidad de pasar una temporada en Bieril, el pueblo de mi abuela, me pareció el mejor de los planes. Al fin y al cabo, mi madre acababa de heredar El Encinar.

—¿Para qué vas a alquilar una habitación de hotel o un apartamento en la playa si tienes una casa preciosa en plena naturaleza? —le había dicho Vera.

Todo habría sido más sencillo si mi padre nos hubiera acompañado también, pero eso ya no era posible. Mis padres llevaban dos años divorciados y él ya había iniciado una nueva relación con Dasha.

Cuando le comuniqué a papá nuestra intención de pasar el verano en Bieril, él no solo estuvo de acuerdo, sino que también se alegró mucho por mí. Su negocio iba a mantenerle demasiado ocupado y apenas iba a poder permitirse unos días de descanso.

Nunca había pasado tanto tiempo lejos de mi padre, y estaba segura de que le iba a echar mucho de menos, pero no me apetecía estar a solas con su novia mientras él trabajaba. Aún me sentía incómoda en presencia de Dasha, y creo que a ella le sucedía lo mismo.

Mi enorme deseo de regresar a Bieril contrastaba con la inquietud de mi madre, a quien solo con pensar en ello le entraba un extraño desasosiego. Claro que yo no había discutido con mi abuela poco antes de que muriera. Mamá, sí.

Todo empezó con las desavenencias entre mis padres, dos años atrás. La abuela adoraba a papá y no quería oír hablar de divorcios. Cada vez que mamá intentaba explicarle sus problemas, ella siempre le quitaba hierro al asunto, le decía que exageraba y que no veía las cosas con claridad.

—Los árboles no te dejan ver el bosque, Lucía —le aseguraba.

Aquello disgustaba mucho a mi madre, porque no lograba convertir a la abuela en la aliada que pretendía. Pero ni siquiera su insistencia logró evitar que mis padres se divorciaran.

Fueron muchas las cosas que cambiaron a partir de entonces. Dejamos de ir de vacaciones (nadie tenía humor para ello) y nos tuvimos que apretar el cinturón y abandonar nuestro precioso ático junto



al Paseo Marítimo, ya que era demasiado caro. Todavía recuerdo cuánto me gustaban sus techos altísimos, sus puertas del color de la vainilla con las manijas doradas, el suelo de cerezo rojo, la lámpara del salón con sus cristalitos en forma de olas… Durante los años que vivimos allí, mi padre dirigía su negocio de exportación de vinos desde el pequeño despacho que había en el recibidor, mientras mamá ilustraba cuentos infantiles en el salón. Era agradable regresar a diario del colegio y hacer los deberes escuchando el rasgueo de sus lápices contra el papel y el murmullo lejano de papá hablando por teléfono en distintos idiomas sobre *tempranillos, merlots* y *cabernets sauvignons.*

Pero todo eso, como ya he dicho, se esfumó con el divorcio. Mi padre se fue a vivir con Dasha, mientras que mamá y yo nos mudamos a un apartamento diminuto, más barato y en quinta línea de mar.

A pesar del gran disgusto que le supuso a mi abuela el divorcio, el día de la mudanza se presentó en el apartamento con la intención de echarnos una mano. Acostumbrada como estaba a los grandes espacios de su casa de campo, no pudo evitar tropezar varias veces con las patas de la mesa y las esquinas del sofá. Mientras mi madre intentaba convencerla de lo práctico y económico que nos resultaría vivir en un apartamento tan pequeño, ella no hacía más que dar golpecitos a las paredes con los nudillos para comprobar el grosor. No tardó demasiado en llegar a la conclusión de que estaban hechas de papel de fumar y no aguantarían ni el más ligero temblor de tierra.

—Elena Monforte, una servidora, ha vivido toda su vida en la misma casa —decía orgullosa de sí misma, como si aquello fuera lo único normal, y no lo nuestro, que íbamos ya por la tercera vivienda—. ¡Cómo va a echar raíces esta niña si no para quieta en ningún sitio! —le reprochó a mamá.

Todavía me parece verla, con el cabello blanco siempre recogido en la nuca y sus chispeantes ojos castaños bajo una frente surcada de finísimas arrugas, como si hubieran sido trazadas con un lápiz de punta fina. Nada más cruzar el umbral de nuestro apartamento, se quitaba los zapatos de calle (que siempre le apretaban y le producían rozaduras) y se ponía unas zapatillas de paño que traía en el bolso. La abuela decía que cuando se camina por la ciudad, además de pisar los escupitajos de la gente, los zapatos se impregnan de otras cosas terribles como la impaciencia y la incomprensión. Y es que ella detestaba la ciudad. Dormir en el sofá plegable del salón tampoco le hacía ninguna gracia.

Uno de esos días en que mi abuela Elena hizo acopio de voluntad y vino a visitarnos, mamá y ella discutieron.

Sí, sí. La discusión.

La abuela aún creía que «todo eso del divorcio» no era más que una solemne tontería, y ese día llegó con el firme propósito de convencer a mamá de que todo se arreglaría si ella y papá se sentaban a charlar un rato.

A pesar de hallarme en mi cuarto, no perdí detalle de sus palabras, y es que, efectivamente, las paredes eran muy delgadas. Mi abuela insistió tanto y se puso tan pesada que al final logró enfadar muchísimo a mi madre.



—¡Si has venido solo para decirme lo equivocada que estoy en todo lo que hago, ya te puedes volver a Bieril! ¡Vete, no te necesito! —le dijo en un tono muy duro.

La abuela se quedó petrificada. Mamá nunca le había hablado así, ni mucho menos la había echado de casa. Sin pronunciar palabra, con los ojos llenos de lágrimas, se quitó las zapatillas de paño y se puso de nuevo sus zapatos de calle contaminados de impaciencia e incomprensión. Antes de marcharse, cojeando un poco debido a las rozaduras, dijo:

—Adiós, Lucía.

Durante los días que siguieron a aquella discusión no hablaron ni una sola vez. En un par de ocasiones, mamá hizo el gesto de buscar el móvil para llamarla, pero al minuto se arrepentía y lo dejaba.

Una noche, el timbre del teléfono sonó mientras cenábamos. Al comprobar que la llamada procedía de casa de la abuela, a mi madre se le escapó una sonrisita de satisfacción.

—Diga —contestó, aparentando seriedad.

Pronto supe que no era la abuela quien llamaba, sino Felicia, su mejor amiga en Bieril. A mamá se le puso el rostro lívido mientras la escuchaba. Y no era para menos. La abuela había muerto de un ataque al corazón mientras preparaba magdalenas de crema.

«Adiós, Lucía».

Aquellas fueron las últimas palabras que le oímos decir.

De mí no se despidió.

Aunque no nos veíamos con la frecuencia que a ambas nos hubiera gustado, la abuela y yo nos llevá-

bamos genial. Cuando nos reencontrábamos tras un largo periodo de tiempo, ella siempre me cubría de besos y abrazos, y me decía frases muy bonitas, que luego yo anotaba en mis cuadernos para no olvidar. «Siempre supe que serías así», me dijo una vez. Y en otra ocasión, mientras nos despedíamos, me susurró al oído: «Siempre te he querido, incluso antes de que nacieras».

Pero la cruda realidad era que mi abuela se había despedido de este mundo, y que ya nunca más me diría todas aquellas cosas extrañas y hermosas a la vez. Nuestras conversaciones se habían terminado para siempre.

Mamá no tuvo la oportunidad de hacer las paces con ella. Aquello debía de ser lo más parecido a tener un abejorro aprisionado en la panza. Un abejorro que no paraba de provocarle dolorosas heriditas con su afilado aguijón.



# Dos

Mi décimo tercer cumpleaños fue el primero que celebré sin la abuela.

A pesar de que aún estábamos muy tristes por su ausencia, Vera, la amiga de mamá, insistió en que debíamos organizar una merienda para celebrarlo, y que yo tenía que invitar, como siempre había hecho, a Andrea Ruano y a las trillizas Rivera, mis mejores amigas.

Me pasé gran parte de la mañana decorando el apartamento con globos y guirnaldas para mi pequeña celebración. Hacia las cuatro de la tarde, cuando el pastel de cumpleaños ya casi estaba listo y mamá extendía una gruesa capa de nata sobre la superficie, Vera se presentó en casa con su fantástico regalo: un enorme diccionario de términos literarios. Ella sabía que yo adoraba los diccionarios. De hecho, Vera fue una de las pocas personas que no había puesto cara de pasmo cuando le revelé mi afición por ellos. Compartía con mamá la certeza de que mi destino era convertirme en escritora, y le gustaba pensar que estaba contribuyendo a crear mi biblioteca privada.

Cuando el timbre sonó, a las cinco en punto, yo aún estaba embelesada pasando las páginas de mi nuevo diccionario. Lo coloqué con cuidado en un estante de mi escritorio y me asomé a la ventana. Andrea Ruano,

mi primera invitada, me saludaba con la mano desde la calle. Acababa de llegar en su inseparable bicicleta. No quiso dejarla en el vestíbulo del edificio por miedo a que se la robaran y, como no teníamos ascensor, no le quedó más remedio que subirla a cuestas hasta nuestro piso, que era un quinto. Llegó resoplando y, tras aparcarla con cuidado en el estrecho recibidor, me dio un sonoro beso en la mejilla al tiempo que me entregaba su regalo: una mochila de tela a cuadros, que yo le agradecí con un fuerte abrazo.

Aunque solo me llevaba un par de meses, Andrea era tan alta y corpulenta que aparentaba mucha más edad. Crecía demasiado deprisa y su madre se veía obligada a comprarle ropa muy a menudo. Ese día, sin embargo, las mangas de la blusa le quedaban un poco cortas y llevaba puestos unos pantalones cuyos bajos ya habían dado todo de sí. Eso le daba un aspecto algo desgarbado y la hacía parecer incluso más alta.

No habían pasado ni diez minutos cuando Cristina, Valentina y Martina, las trillizas Rivera, llegaron con un estuche de belleza que incluía esmaltes de uñas de varios colores, sombras de ojos, rímel, colorete y dos pintalabios, uno transparente y otro rosa. Aquel regalo hizo que, por un instante, a mamá se le borrara la sonrisa de la boca. Se disponía a decir algo cuando Vera le dio un codazo para que ni se le ocurriera opinar. Yo nunca había demostrado interés por el maquillaje, pero las trillizas eran así: idénticas, pelirrojas, con los ojos verde esmeralda, y solo regalaban cosas que a ellas les gustaban.

Tan pronto nos sentamos a la mesa, mis invitadas se lanzaron a probar los deliciosos panecillos rellenos que



mamá y yo habíamos preparado con tanto esmero. Me gustaba verlas comer, hablar y reír. Eran casi mis únicas amigas, pero eran geniales. Yo estaba convencida de que era imposible tener más de tres o cuatro buenas amigas; no había tiempo para nadie más con tantos deberes que nos ponían en el cole. Todo lo contrario de lo que debía de pensar Cinta Mas, quien siempre presumía de sus cientos de amistades. Claro que eso es fácil cuando eres la niña más popular de la clase.

Después de la merienda, del consabido soplo de velas y los cánticos de «Cumpleaños feliz», Andrea, las trillizas y yo nos fuimos a mi habitación para escuchar música y charlar de nuestras cosas sin la presencia de mamá y Vera.

Mi cuarto había sido un antiguo vestidor y era muy pequeño, así que las cinco nos acomodamos en su interior lo mejor que pudimos. Andrea se tumbó en la cama, y las trillizas y yo nos sentamos en la alfombra, entre los numerosos cojines. Aunque no hicieron ningún comentario al respecto, yo estaba segura de que ellas también debían de añorar mi antiguo dormitorio en el ático. Especialmente Cris Rivera, que siempre se quedaba extasiada admirando la obra de mamá: un cielo púrpura en el techo, donde en vez de estrellas brillaban anémonas, plumerias y violetas. Y las paredes: un bosque de bambú poblado por diminutos elfos que cabalgaban sobre mariposas de colores…

—Anna, ¿por qué te ha regalado Vera otro diccionario si ya tienes ocho?

Como ya no había elfos que admirar, Cris se había levantado para curiosear mi escritorio atestado de libros.